

se nos muestra la configuración de conjuntos estructurales que se extienden en el tiempo y en el espacio. Lo demás es mera erudición sobre el pasado. Necesariamente captar un conjunto histórico supone el despliegue de una amplia perspectiva». Por otra parte «Esta nueva concepción dinámica del tiempo histórico se junta con la conciencia de una apertura y expansión como ámbito humano»⁷.

De otro principio de la ciencia histórica que debe tener siempre presente el historiador, porque se trata de la «existencia de otra constante histórica», nos informa también Maravall. Se trata de la pervivencia de situaciones, costumbres y mentalidades propias de la época anterior a aquella en que se haya producido un cambio. Incluso «Hay que contar siempre con el mayor volumen de lo heredado». Y prosigue: «Esto no debe dejar de ser destacado en una construcción historiográfica, al contrario de lo que se practica en ciertas tipologías en las que sólo se pone de relieve lo que se piensa que es nuevo». No hay olvidar, insiste Maravall, en que «con frecuencia [...] medios heredados de atrás se aplican a nuevos fines y [...] con instituciones, ideas, modos de vida que proceden de un tiempo pasado se monta una construcción cuyo conjunto no pierde por eso su novedad»⁸.

Por nuestra parte vamos a permitirnos aportar aquí otro testimonio en apoyo de lo que acabamos de transcribir. Esa condición del «cambio» que siempre conserva algo o mucho de lo que previamente existía, se da también en religión, ese componente tan importante de todas las civilizaciones. A ello contribuyen indudablemente la fuerza de la costumbre y un perdurable temor a todo lo desconocido. En cada época, cuando triunfa una nueva creencia, nunca destierra totalmente la creencia anterior. En la religión nueva sobreviven restos incoherentes, vestigios que es preciso relacionar con muchas organizaciones religiosas del pasado y sobre los cuales el presente se ha impuesto con mayor o menor fortuna⁹. Así pues, al no existir una renovación total perdurable las supervivencias de actitudes anteriores pueden hacer que en la mente del historiador prevalezca la imagen de inmovilidad o de atraso.

A este respecto Maravall previene igualmente acerca de las trampas varias y graves en que puede caer un historiador poco avezado al interpretar un documento antiguo. Vayan seguidamente dos ejemplos, uno referido al hecho de que «una herencia que se conserva [...] es siempre, en parte, otra cosa» y otro referente a la difícil interpretación de datos numéricos. «Puestos (los Reyes Católicos) en el proceso moderno de concentrar el poder político [...] piden al pontífice les conceda la adscripción a la persona del príncipe de los maestrazgos de las Órdenes militares, lo que parece volver a la tradición medieval. En realidad, como en América no se emplea la letra de cambio ya que no hay todavía bancos en el continente americano, la vuelta a ese otro instrumento notarial daba como resultado incorporar todas aquellas tierras a una economía intercontinental, mediante la reactualización de una institución en vías de desaparecer». En el segundo ejemplo Maravall demuestra que «precisamente por ajustarse a los datos reales serán tradicionales los aspectos que en ellos se nos presenten». Y así Lapeyre nos dirá: «El siglo XVI, en los países católicos que estaban, con mucho, más avanzados que los protestantes desde el punto de vista de la técnica de los negocios, no innovó demasiado; prolonga exactamente la Edad Media». El dato numérico, aunque exacto, contradice la realidad¹⁰.

⁷ F. Braudel, *La Méditerranée...*, p. 615 (citado por J. A. Maravall en *Estado moderno...*, tomo I, p. 6, y del mismo autor *Estado moderno...*, tomo I, p. 6) y 41 respectivamente. Cf. igualmente de F. Braudel, *La Méditerranée, l'espace et l'histoire*, París, Champs Flammarion, 1985 y Braudel/Duby, *La Méditerranée, les hommes et l'héritage*, París, Champs, Flammarion, 1986.

⁸ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, p. 17 y 19.

⁹ Charles Guignebert, *El cristianismo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. ed. en español, 1966, p. 15.

¹⁰ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, pp. 19 y 20.

Resumiendo las aseveraciones de Maravall en este aspecto, llegamos a la conclusión del ambiguo y hasta peligroso uso de la estadística en estas cuestiones. Desde un punto de vista puramente cuantitativo el número de hechos y actitudes tradicionales sería mucho mayor que el de los fenómenos innovadores, lo que podría hacer subestimar la importancia de éstos y confundir a los investigadores. Por esto hay que considerar y ello sirve para contrarrestar o rectificar la impresión que produce el dato estadístico, que los que vivieron aquellos tiempos sí tuvieron una conciencia de cambio porque, por nimio que fuese éste, rompía la línea de conducta de lo tradicional apoyada en la costumbre; en cambio, un dato en apariencia poco relevante, pero desacostumbrado, era más fácilmente captado, ya positiva o negativamente, precisamente por su carácter insólito. Queda claro que el historiador, pensamos nosotros, no puede perder de vista, al exponer sus conclusiones, la ambivalencia de los datos estadísticos que maneja, por otra parte tan necesarios en la investigación histórica. Nos place recordar que ya Montaigne había observado: «Los principios de todas las cosas son insignificantes y débiles. Por eso hay que tener los ojos bien abiertos cuando se inician; pues como ante su exigüidad no se descubre su peligrosidad, cuando crecen ya no se descubre remedio alguno»¹¹.

Asimismo este concepto de «conjunto histórico» presupone la aceptación de otro principio esencial: todo, absolutamente todo, puede servir de documento. Febvre así lo afirma precisamente porque «La Historia es la ciencia del hombre». Un hecho, aunque por ser considerado en su época deleznable no haya sido tenido en cuenta, resulta significativo por ese mismo rechazo de que fue objeto. No son únicamente utilizables los documentos de archivo, sino un poema, un cuadro, una obra de teatro, un dato económico, una protesta de carácter social, una obra de arte que responde al gusto no sólo de su autor sino del que la encarga porque todo hecho humano depende del momento, de las circunstancias y su importancia es siempre fundamental, no sólo si concuerda con la mentalidad de la época sino más aún si supone un cambio por mínimo que sea. Así lo estima igualmente Maravall que sigue el consejo de Febvre ya enunciado por Marc Bloch: «El historiador debe ser como el ogro de los cuentos; allí donde huele a carne humana, allí está su presa.» Y de nuevo nos permitimos recordar a Montaigne que con inteligente anticipación ya decía que todo debe ser materia de reflexión¹².

No insistiremos, porque es de sobra sabido, en la importancia que puede adquirir un fragmento escrito fuera de su contexto. Sólo teniendo aquél en cuenta puede juzgarse de la autenticidad del interés que aporta ese dato. También constituye mayor probabilidad de error el hecho de atribuir un valor exagerado a un fragmento que, en principio, e incluso sin haber sido separado de su contexto, no reviste, a primera vista, el interés que el historiador cree descubrir en él. Puede tratarse de un añadido insubstancial incluido por razones estéticas, ostentación erudita o mil motivos más por parte del autor del texto, excluida toda intención significativa. Esto es fácilmente discernible en escritos de nuestra época y el hecho de resaltar como fundamental lo que no lo es puede revelar poca competencia, e incluso escasa honestidad profesional, en el crítico que tal hace. Pero lo que ahora tratamos de destacar es que si nos referimos a obras de épocas pasadas, sin libertad de expresión, una frase anodina, intercalada sin intención aparente, puede revestir excepcional importancia, porque al ser todo texto en gran parte ambiguo, todo es

¹¹ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, p. 17; Montaigne, *Essais*, libro 3^o, cap. 10. Asimismo en *L'Express*, n.º 803 del 7 de noviembre de 1966, Françoise Giroud pone de relieve la fragilidad de las encuestas en cuanto al futuro no inmediato puesto que no hubieran sido capaces de descubrir la existencia de los primeros cristianos, ni de los nazis, etc.

¹² L. Febvre, *Combates...*, pp. 29 y 30.

significativo. Para el investigador experimentado que debe saber leer, objetiva e imparcialmente, entre líneas, cualquier expresión por muy insulsa que sea debe atraer su atención. Ya lo dijo también Montaigne: «Es preciso que el discípulo sepa interpretar una expresión que parece intrascendente»¹³.

Tampoco hay que olvidar que todo documento escrito pone de manifiesto o bien oculta el pensamiento último del que relata los hechos. Además todo documento escrito se presenta, en parte al menos, interpretado por los que vivieron los hechos. Así pues, paralelamente al conocimiento del hecho o fenómeno en sí, enunciado lo más objetivamente posible, el historiador debe saber buscar, aunque no siempre lo logre, los orígenes de los acontecimientos que estudia, muchas veces sin conexión visible con ellos pero que, no obstante, los orientaron en una dirección o en otra.¹⁴

De entre los «documentos» que deben interesar al historiador Febvre citando a Meillet, pone de manifiesto el gran valor historiográfico de los fenómenos lingüísticos, reveladores de hechos de civilización. Añadiremos nosotros la anticipación de Diderot al respecto: «La lengua de un pueblo nos da su vocabulario y su vocabulario es una biblia bastante fiel de todos los conocimientos de ese pueblo; sólo comparando el vocabulario de una nación en diferentes épocas podría uno formarse una idea de sus progresos».¹⁵

Este es uno de los campos testimoniales que Maravall ha utilizado con tanto acierto como frecuencia aunque su utilización de léxico va en sentido opuesto a la escogida por Febvre en el último capítulo de su libro tan famoso *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*. Febvre hace una selección negativa, refiriéndose a la carencia de terminología científica y técnica, lo que, según él, demuestra la imposibilidad de existencia de ciencia y de pensamiento filosófico: solamente existe lo que tiene nombre. Maravall, por el contrario, pone de relieve la terminología que en distintos aspectos vitales surge en nuestro idioma, lo que evidencia la existencia previa del concepto. Opina que «aunque falte la palabra, no falta ya la conciencia para advertir la presencia de esos momentos de la vida social, anormales, desfavorables, especialmente movidos, a los que luego llamaremos crisis». Coincide, en cierto modo, Maravall en este punto, con el gran lingüista francés Matorel quien, igualmente, sostiene que la carencia de un término para designar un hecho no significa, forzosamente, la inexistencia de ese hecho. Y el ejemplo que nos propone es el de la palabra «favoritismo». El favoritismo ha existido siempre pero la palabra que lo designa ha surgido cuando se ha tomado conciencia de la injusticia que tal hecho supone. «El vocablo *favoritismo* más que designar simplemente una actitud es en realidad su condena».

Igualmente, dice Maravall, algunos hechos suceden por la transformación previa de la mentalidad, sin necesidad de la existencia de una denominación previa del concepto de que se trate: «... pero si fue así ello se produjo porque esas gentes llevaban ya con ellas una nueva visión de las cosas...»¹⁶.

De acuerdo con la importancia histórica que concede Maravall a los fenómenos lingüísticos y tan sólo a guisa de ejemplos citaremos algunas palabras cuyo uso, con nuevo valor semántico, se generaliza en el siglo XVII, lo que demuestra la existencia de nuevos conceptos mentales. Las hemos extraído de su obra *La cultura del Barroco*, omitiendo, por no alargar demasiado esta exposición, las voces que cita Maravall en otros de sus libros.

¹³ Montaigne, *Essais*, libro I, cap. 26.

¹⁴ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, tomo I, p. 6.

¹⁵ L. Febvre, *Combates*, p. 30; Diderot, *Encyclopédie*, tomo V, p. 63. Cf. Michel Foucault, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, p. 102.

¹⁶ J. A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 57 y del mismo autor «La diversificación de modelos en el Renacimiento: Renacimiento francés y Renacimiento español», en *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, diciembre de 1982, n.º. 390, p. 23.